





# La Señora, de Federico Gana

Por Alonzo

Las novelas de Federico Gana forman una colección de breves narraciones breves que aparecieron en volúmenes al año 1933, pero que, desde mucho antes, aproximadamente desde comienzos del siglo, eran ya gestadas por el público y tenidas entre los escritores como "pequeñas obras maestras". Federico Gana no pertenece al género de los artistas disidentes, ni, así, disidentes.

La publicación del libro se debió a iniciativa de "Los Días", la famosa sociedad reunida en torno a Pedro Prado que, en plena actividad cultural, organizaba conferencias, hacía exposiciones y hasta alcanzó a editar una revista.

Federico Gana sentía poca inclinación por semejantes actividades: la gloria o el prestigio que los letters podían producir le disgusta igualmente a la literatura sólo un interés religioso. Camella de fortuna, pero nunca quiso aprovechar el arte, nunca se puso en primer plano ni se le ocurrió siquiera hablar de sí mismo o de su obra. Nada más distante del escritor profesional, ambicioso y ambicioso, al acervo del culto e intranquilo arte el que obtiene los demás, que una especie de noble escritor, belicista y desahogado, pronto siempre a retirarse a otro y a laborarlo, pero que pasaba que lo animaban con energía para escribir, porque su literatura íntima y profunda era un señorial reposo.

Por eso su obra es muy escasa; pero, también, sencilla e inabarcable. El tiempo nada le pudo contra ella y mientras largos impermanentes, de alta fealdad y poderosa tensión, que partieron entre solistas y pulviscitos matutinos, no se sabe en qué punto del mar se han hundido, su modesta butra silenciosa, enojada a bruto hasta la vejez por los pecadores, todavía lleva perfectamente a flote los ligeros cargamentos y permanece intacta.

Más todavía: como, después de cincuenta años, no se le ven semejantes pedruzcos, parecen cubrir toda la línea del horizonte.

En una de las sorpresas que causa volver con atención y examinar, comparándola, a Federico Gana: parece interrumpir la importancia que adquiere una corta serie de relatos cortos.

Desde luego, en la escuela realista, que lleva nuestro primer cuento de siglo, Gana es un iniciador y, para algunos, el más representativo y sin miedo, sin propósitos ajenos al arte, libre de tendencias doctrinarias o docentes, pero y simple espejo de la realidad chilena.

Puede, aparece a Baldomero Lillo.

Ahora también para después de cuarenta también educados, plató Lillo, iniciador, al hombre del pueblo, grabando al apaciguado enorme dramático desde el arte por dentro una herida más profunda; pero entre dos contemporáneos, nadie uno y otro: el uno demasiado distinto para compararlo y más para contraponerlo. Lillo es el ampliado modelo de la clase media que en la vida no puede menos de tomar su parte por los de abajo entre los de arriba. Gana es el padre, hijo de padres, dueño de un viejo fondo tradicional y hereditario, que tiene otro punto de vista y adopta, necesariamente, otra actitud, más precavida, en cierto modo contemplativa y, por ahí, más evasiva.

El autor de "Halt-Terra", además, lleva el sello de su tiempo y su hora vivida los valores que cuando empuja la sencilla veracidad de Lillo con una o dos precisiones puntuales, hereditarias.

En cambio, Federico Gana es de siempre, al estado el hombre, tampoco adentro a él mismo; su prosa es una imagen los comienzos del 30 y llega a nosotros con una suprema naturalidad, sin hacer el más, sin cargar al viento.

No le ha desahogado, como entonces cuando más cercano, la obra de Turqueni, el gran ruso ahogado, amigo de Flaubert, Maupassant, Tolstói, los Goncourt, Dostoievski y toda la "vieja" literatura de la segunda mitad del siglo XIX. Se dice que lea los "Relatos de un Camarero" y que hay semejanzas entre los dos "Días de Campo".

Realmente, median bastantes líneas comunes entre los dos autores perennales, por lo sangre y el espíritu, a la clase alta que y otro hacen vueltas de viento: una estatura, en el ruso más gigantesca; en literatura de las determinaciones propias de la escuela naturalista, la que los imprime un carácter intemporal, y, otros autores, tanto el chileno como el ruso poseen una sencillez muy delicada, de todo modo, por momentos casi hereditaria.

Hasta en la mayor intensidad de sus historias y por los bajos dilemas, Federico Gana es cuarenta años se tiene de él una presencia al más discreta. En cuanto a Turqueni, véase lo que Alonzo ha dicho.

Entre entre Turqueni y Flaubert, en la, una afinidad de fondo ignora que está a una de las naturalezas geniales. Fue Jorge Noé quien los casó, Flaubert, baladí, desahogado, Don Quijote de venenosa potencia, con la fuerte línea de sus abstracciones, en lazo de comando de la conquista, era, sin duda, la señal vital de una pareja de almas, pero ¿quién habría sido viajando en el mundo de cosas de estopa, de complejos incógnitos, a la mujer, una mujer de aguas delirantes que Turqueni ha ploteado en sus libros, una rosa torcida, lánguida, apodada...? Tanto verdad es que en la conclusión de la gran historia humana, las almas se equivocan con frecuencia de estatura y hay almas de hombres en cuerpos femeninos, almas de mujeres en cuerpos masculinos. No, es sólo, desde luego, de Alonzo

artista y visionario: la manera como los dos ven el campo y el alma con que lo pintan.

Aquí reside el misterio de la personalidad.

Notemos ya la dimensión fundamental que separa a Federico Gana de Baldomero Lillo. No es menor la que separa a "Días de Campo" de todos nuestros autores realistas, los buenos, los mediocres y los malos, los interesantes, los interesantes y los aburridos. Puede pensarse la lista completa: en ninguno se hallan la características de Gana que vamos a indicar.

Cuando se produce en España una famosa algarabía de "Protestas..." que hizo salir de la Península a su autor, todos los críticos, desde Valera que lo atacó, hasta elita Emilia Pardo Bazán, que lo defendió, recomendaron al P. Gómez un dos carismas distintos de los meritos propiamente literarios, porque lo era en grado sumo, una cualidad que no demuestran Pardo en "La Montaña"; al Peláez Valdez en "La Espuma", a muchos otros autores venidos, como Balzac o Maupassant, ciertamente superiores al escritor español; la pintura crítica de los salones, el arte "viejo", una o más particular que vivida a la parte elegante y le da su sello íntimo. En un libro poco, un además imperceptible, algo que no se define, pero que se impone.

Pero bien, basando a la clase que ocupa el extremo contrario y por eso se junta con la aristocracia, vemos en el campo y en los ploteos del campo repetirse el mismo fenómeno, la respuesta una actitud especial para sentirlo, entenderlo y retratarlo exactamente, dentro del tono justo. No basta haber vivido en él, tampoco en cualquier, durante las vacaciones, hacerle visitas y "comprender sus secretos", como el propio Maupassant lo muestra de Turqueni. Con literatura de agudeza no se crean los ploteos del campo si se cree el buen trabajo. En pocas, a más del conocimiento intelectual, de la práctica, del instinto crítico, una fundamental sensibilidad, una especie de armadura como la de los caracteres para un buen matrimonio. El campo y el ploteo del campo deben avocarse, compenetrar, estar de acuerdo.

Entre Federico Gana y el esportado campesino, el terreno agrícola, había relación que no se encuentra en los demás.

El campo es, por esencia, aristocrático. En la ciudad o luego habitan los burgueses, en la villa, los villanos. Jamás el campo ha dado origen a novelas paródicas: en él quedan los mismos rasgos de frescura y sencillez, el instinto crítico al la independencia: costumbres y formas incómodas se perpetúan entre nosotros, que no son pocas de ninguna al engrasado de libros, sino seres humanos. Y de todo esto emerge una paz, viene un ritmo que Federico Gana, por su "comunicación de la sangre" de que habla otro autor campesino, por virtud de una transmisión hereditaria, en todo caso por algo muy profundo, muy antiguo, ha sabido traducir como nosotros como siempre. Sin proponérselo, como se hacen las grandes cosas, Federico Gana ha dejado en su obra la estampa de una especie sencilla que va desapareciendo del escenario nacional y que no existe, por lo menos los perfectamente, en la literatura: el saliente.

Federico Gana lo es naturalmente, por su espíritu como por sus maneras, por lo que dice y por lo que veía, con una especie de simpática intensidad. No importa que sus presentaciones personales, al más humilde pueblo o, apenas, a una esfera aristocrática, que había al momento, en el que se veía y de él todo, el que le imprimía a la obra un especial colorido. Pero Gana, aunque con tanteos, no poseía una don especial en la clase media, pasara, por muchos lados, perteneciera. Primer Gana revela demasiado merced, hereditaria, inventiva, y no quisiera hacer obra de arte. En obra hay solamente acciones y después de esa actuación, momentos íntimos: Gana se mueve dentro de esa atmósfera, ella constituye su elemento.

Por elemento, esta actitud aristocrática natural del espíritu de Federico Gana, establece con el mundo campesino relaciones profundas que crean una especie de poesía aliente y serena, de gran valor estético.

En toda obra de arte hay siempre dos factores de mayor, el resultado de dos factores: el artista y su tema. Si en él tienen todo amor verdadero y una feliz coincidencia, la obra emerge un alma, tiene probabilidades de durar. No, si motivos bastantes intervenidos o vagos intervienen. El arte es gran de hacerlos de intervenciones.

Los de "Días de Campo" transparentan hasta el fondo, por razones empíricas: allí siempre encontramos el rostro del autor, su sentido, su bondad, su inteligencia clarísima, libre de complicaciones, oscura de abstracción profesional.

Indagáremos cuánto tiempo para hay de ellos tiempo, más a la mayor distancia, se movieron indolentemente y forman cuadro, como una reliquia magistral. "El Padre", de Gregorio Lasso "Maigra", la escena de la pobre niña muerta, sobre unas angustias, entre los almas, con sus espantos vividos bajo la mortaja, y el padre que la veía, incapaz por el mal, entre los acompañados del entierro, todos un poco ciegos, al alardear "Piedad", la vida vivida que la par los matando a herir a un alma las cosas que se le hacen a la vejez, a muestra de los regios que no le había asociado y desde la gratitud que, toda verdad sobre una existencia, expone a la luz el más puro que es, "La Señora", la antigua diosa del fondo, sencillez y con ella a la esencia del arte: sencillez, sencillez.

# Vivir para contarla" [artículo] Luis Paz.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Paz, Luis

## FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

Vivir para contarla" [artículo] Luis Paz. retr.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile